

meroso de una oculta trama, anhelaba por salir de su situacion penosa, vengándose de los desaires que con frecuencia recibia. A tal punto habia llegado la agitacion y la cólera, que al volver Murat el domingo 1.º de mayo de su acostumbrada revista, y á su paso por la puerta del Sol, fué escarnecido y silbado con escándalo de su comitiva por el numeroso pueblo que allí á la sazón se encontraba. Semejante estado de cosas era demasiado violento para que se prolongase, sin haber de ambas partes un abierto y declarado rompimiento. Solo faltaba oportuna ocasion, la cual desgraciadamente se ofreció muy luego.

El 30 de abril presentó Murat una carta de Carlos IV para que la reina de Etruria y el infante Don Francisco pasasen á Bayona. Se opuso la junta á la partida del infante, dejando á la reina que obrase segun su deseo. Reiteró Murat el 1.º de mayo la demanda acerca del infante, tomando á su cuidado evitar á la junta cualquiera desazon ó responsabilidad. Tratóse largamente en ella si se habia ó no de acceder: los pareceres anduvieron muy divididos, y hubo quien propuso resistir con la fuerza. Consultóse acerca del punto con Don Gonzalo Ofárril como ministro de la guerra, quien trazó un cuadro en tal manera triste, si bien cierto, de la situacion de Madrid apreciada militarmente, que no solo arrastró á su opinion la de la mayoría, sino que tambien se convino en contener con las fuerzas nacionales cualquiera movimiento del pueblo. Hasta

Fide la salida para Francia del infante D. Francisco y reina de Etruria.

ahora la junta habia sido débil é indecisa: en adelante ménos atenta á sus sagrados deberes, irá poco á poco uniéndose y estrechándose con el orgulloso invasor. Resuelto pues el viage de la reina de Etruria conforme á su libre voluntad, y el del infante Don Francisco por consentimiento de la junta, se señaló la mañana siguiente para su partida.

Amaneció, en fin, el 2 de Mayo, dia de amarga recordacion, de luto y de desconsuelo, cuya dolorosa imágen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un présago é inexplicable desasosigo pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir obscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de la próxima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de palacio numeroso concurso de hombres y mugeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada mas bien como princesa extranjera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viage de los dos infantes D. Antonio y D. Francisco. Por instantes crecia el enojo y la ira, cuando al oír de la boca de los criados de palacio que el niño D. Francisco lloraba y no queria partir, se enternecieron todos, y

las mugeres prorumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado, y alterados mas y mas los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat Mr. Augusto Lagrange, encargado de ver lo que allí pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecia fundados temores de alguna conmocion grave. Al ver al ayudante, conocido como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió este que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mugerzuela: *que nos los llevan*, fué embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas D. Miguel Desmaisieres y Florez; mas subiendo de punto la gritería, y ciegos todos de rabia y desesperacion, ambos iban á ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat prontamente informado de lo que pasaba, envió sin tardanza un batallon con dos piezas de artillería: la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecucion de su orden. La tropa francesa llegada que fué al parage de la reunion popular, en vez de contener el alboroto en su origen sin previo aviso ni determinacion anterior, hizo una descarga sobre los indefensos corrillos, causando así una general dispersion, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta por los mas distantes barrios los prófu-

gos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la poblacion entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ansia á falta de buenas, se aprovechaban de las mas arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por do quiera que se les encontraba. Respetáronse en general los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacian fuego. Los hubo, que arrojando las armas é implorando clemencia, se salvaron y fueron custodiados en parage seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algun tiempo, los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fué de corta duracion su alegría.

Los extrangeros prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitación de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y carrera de S. Gerónimo, barriéndola con su artillería, y arrollando á la multitud la caballería de la guardia imperial á las órdenes del gefe de escuadron Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubrai forzaron las

puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque así lo fingieron para entrarlas á saco y matar á cuantos se les presentaban. Así asaltando entre otras la casa del duque de Híjar en la carrera de S. Gerónimo arcabucearon delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron tambien próximos á experimentar igual suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habian tomado parte en la sublevacion. Salváronlos sus alojados. El pueblo combatido por partes, fué rechazado y disperso, y solo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizzaría. Entre ellos los hubo que vendiendo caras sus vidas, se arrojaron en medio de las filas francesas, hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento: hubo otros que parapetándose en las esquinas de las calles, iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego: algunos tambien en vez de huir aguardaban á pié firme, ó asesaban su último y furibundo golpe contra el gefe ú oficial conocido por sus insignias. ¡Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecia en sus cuarteles por órden de la junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entretanto paisanos sin resguardo ni apoyo, se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con mas ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no par-

te con el pueblo, á la misma sazón que cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entónces y puestos al frente D. Pedro Velarde y D. Luis Daoiz, abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar al enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería á las órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco despues una columna de estos de los acantonados en el convento de San Bernardino se avanzó mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos: el oficial Ruiz fué desde el principio gravemente herido. D. Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo; y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar, y quisieron rendirse. Pero quando se creia que los enemigos iban á admitir la capitulacion, se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á D. Luis Daoiz, herido ántes en un muslo. Así terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde: honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo á los amantes de la independencia y libertad

nacional. El reencuentro del parque fué el que costó mas sangre á los franceses, y en donde hubo resistencia mas prdenada.

Entretanto la débil junta azorada y sorprendida pensó en buscar remedio á tamaño mal. Ofárril y Azanza habiendo recorrido inútilmente los alrededores de palacio, y no siendo escuchados de los franceses, montaron á caballo y fueron á encontrarse con Murat, quien desde el principio de la sublevacion para estar mas desembarazado y mas á mano de dar órdenes, ya á las tropas de afuera, ya á las de adentro, se colocó con el mariscal Moncey y principales generales fuera de puertas en lo alto de la cuesta de S. Vicente. Llegaron allí los comisionados de la junta, y dijeron al gran duque que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarlos uno de sus generales, se ofrecian á restablecer la tranquilidad. Accedió Murat, y noubró al efecto al general Harispe. Juntos los tres pasaron á los consejos, y asistidos de individuos de todos ellos se distribuyeron por calles y plazas, y recorriendo las principales, alcanzaron que la multitud se aplacase con oferta de olvido de lo pasado y reconciliacion general. En aquel paseo se salvó la vida á varios desgraciados, y señaladamente á algunos traficantes catalanes á ruego de D. Gonzalo Ofárril.

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los france-

ses, situando particularmente en las encrucijadas cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algun tanto con la consoladora idea de que por lo ménos haria pausa la desolacion y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde, una voz lúgubre y espantosa empezó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habian sido cogidos por los franceses y arcabuceados junto á la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apénas se daba crédito á tamaña atrocidad, y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses, despues de estar todo tranquilo, habian comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas creyeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas: muchos no las tenian, á otros solo acompañaba una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilacion, otros quedaron depositados en la casa de correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas, fiadas en el convenio concluido con los gesfes franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado. Por desgracia fuimos de los primeros á ser testigos de su ciega confianza. Llevados á casa de D. Arias Mon, gobernador del consejo, con deseo de librar la vida á D. Antonio Oviedo, quien sin moti-

vo habia sido preso al cruzar de una calle, nos encontramos con que el venerable anciano, rendido al cansancio de la fatigosa mañana, dormia sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanage, y parentesco, conseguimos que se le despertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiéndole á todo que una persona como el gran duque de Berg no podia descaradamente faltar á su palabra.... ¡tanto repugnaba el falso proceder á su acendrada probidad! Cerciorado al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño. dándonos tambien á nosotros en propia mano la orden para que se pusiese en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde fueron nuestros pasos en favor de D. Antonio Oviedo. A duras penas penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua francesa, llegamos á la casa de correos, donde mandaba por los españoles el general Sesti. Le presentamos la orden del gobernador, y friamente nos contestó, que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, les habia entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos: así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su adoptiva patria los grados y mercedes con que le habia honrado. En dicha casa de correos se habia juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo comun, sin ver á los supuestos reos, sin oirles descargo alguno ni defensa, los

enviaba en pelotones unos en pos de otros para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su honroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitan. Aguardaron á que pasase el día para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, solo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas, y por el ruido de los fusilazos y del cañon que de cuando en cuando y á lo léjos se oia y resonaba. Recogidos los madrileños á sus hogares, lloraban la cruel suerte que habia cabido ó amenazaba al pariente, al deudo ó al amigo. Nosotros nos lamentábamos de la suerte del desventurado Oviedo, cuya libertad no habiamos logrado conseguir, á la misma sazon que pálido y despavorido le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial frances, movido de sus ruegos y de su inocencia, expresados en la lengua extraña con la persuasiva elocuencia que le daba su crítica situacion. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado le soltó, y aun no habia salido Oviedo del recinto del palacio, cuando oyó los tiros que terminaron la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio. Me he atrevido á entretoger con la relacion general un

hecho que si bien particular, da una idea clara y verdadera del modo bárbaro y cruel con que perecieron muchos españoles, entre los cuales habia sacerdotes, ancianos y otras personas respetables. No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecucion destinaron el cercano de la casa del príncipe Pio. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército frances, que friamente mandó asesinar, atraillados sin juicio ni defensa, á inocentes y pacíficos individuos. Léjos estaba entónces de prever el orgulloso y arrogante Murat que años despues cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

Difícil seria calcular ahora con puntualidad la pérdida que hubo por ambas partes. El consejo interesado en disminuirla, la rebajó á unos doscientos hombres del pueblo. Murat, aumentando la de los españoles, redujo la suya acortándola el Monitor á unos ochenta entre muertos y heridos. Las dos relaciones debieron ser inexactas por la sazón en que se hicieron y el diverso interes que á todos ellos

movia. Segun lo que vimos y atendiendo á lo que hemos consultado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1200 hombres.

Calificaron los españoles el acontecimiento del 2 de mayo de trama urdida por los franceses, y no faltaron algunos de estos que se imaginaron haber sido una conspiracion preparada de antemano por aquellos: suposiciones falsas y desnudas ambas de sólido fundamento. Mas desechando los rumores de entónces, nos inclinamos, sí, á que Murat celebró la ocasion que se le presentaba y no la desaprovechó, jactándose, como despues lo hizo, de haber humillado con un recio escarmiento la fiera castellana. Bien pronto vió cuán equivocado era su precipitado juicio. Aquel dia fué el origen del levantamiento de España contra los franceses, contribuyendo á ello en gran manera el concurso de forasteros que habia en la capital con motivo del advenimiento al trono de Fernando VII. Asustados estos y horrorizados, volvieron á sus casas difundiendo por todas las provincias la infausta nueva y excitando el odio y la abominacion contra el cruel y fementido extranjero.

Profunda tristeza y abatimiento señalaron el dia 3. Las tiendas y las casas cerradas, las calles solitarias y recorridas solamente por patrullas francesas, ofrecian el aspecto de una ciudad desierta y abandonada. Murat mandó fijar en las esquinas una pro-